

The background of the book cover is a composite image. It features a close-up of a woman's face, with her eyes closed and a serene expression. Overlaid on her face is a landscape of mountains, with the peaks appearing as if they are part of her facial features. The color palette is muted, with soft blues, greys, and a hint of warm orange at the top.

SANDRA BARNEDA

Un océano
para llegar a ti

FINALISTA PREMIO PLANETA 2020



Sandra Barneda



Un océano para llegar a ti

Finalista Premio Planeta
2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sandra Barneda, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2020

Depósito legal: B. 18.629-2020

ISBN: 978-84-08-23552-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**



Pocos presagian la muerte y muchos viven de espaldas a ella, como si nunca fuera a llamar a su puerta y a sacudirles el alma. Aquella mañana cualquiera que acabaría volviéndose eterna en la memoria de Gabriele, el sonido del móvil desató una extraña cadena de pequeños accidentes que terminaron por despertarla. Sumida todavía en el plácido sueño que se resistía a abandonar, tiró de un manotazo la copa de vino que había dejado en la mesita la noche anterior, haciéndola estallar en mil pedazos al impactar contra el suelo. El teléfono también saltó por los aires, pero, lejos de apagarse, siguió sonando con molesta insistencia.

—*Ay, gno, ay...*

Solo era capaz de emitir sonidos guturales indescifrables mientras se revolvía entre las sábanas y encogía su cuerpo desnudo para seguir entregada al sueño. El móvil dejó de sonar. Se hizo el silencio.

Tan solo unos minutos más tarde, Gabriele oyó un fuerte golpe en el mismo momento en que recibía un seco zarandeo igual al que le daba su madre cuando de pequeña no quería levantarse para ir a la escuela.

—¡Gabriele! Levántate ¡Venga, dormilona! No me hagas esperar más. ¡Vas a llegar tarde!

Escuchar la voz de su madre, producto de la imaginación o del delirio, obligó a Gabriele a quitarse el antifaz para comprobar que seguía sola en la habitación. Soltó el susto con un par de suspiros. Con la mirada puesta en la estantería, supo por el caos que reinaba que continuaba viva. De haber muerto, pensó con una leve sonrisa, no habría elegido esa habitación cubierta de cajas que apenas dejaban ver el color de las paredes. Hacía un mes que su amigo Luis la había acogido en su casa, después de que Gabriele perdiera el novio y el trabajo. Un sentimiento de fracaso tomó la forma de un latigazo en su estómago. Se tumbó de nuevo en la cama, acercando la almohada a su rostro en un desesperado intento de detener los pensamientos que la llevaban directa a la autocompasión. De nuevo en la casilla de salida, en el círculo infinito de derrotas, perdida, sin saber cómo salir de él. ¿En qué momento había comenzado todo? Con la boca aplastada contra la almohada y los ojos todavía cerrados, seguía incapaz de encontrar el principio de la madeja. Respiró, intentando evitar otra inoportuna mañana de resaca y victimismo.

—Prometo no volver a enamorarme de ningún artista egocéntrico que cree que su talento está por encima del resto del mundo —había dicho Gabriele la primera noche que se quedó en casa de Luis.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó Luis.

—No volver a verle y arreglar mi vida. Ya sabes..., encontrar un trabajo cualquiera que me permita vivir y no tener que pedirte la caridad de una habitación.

Luis era el único amigo que conservaba de la Massana, la escuela de artes y oficios donde estudió por amor al arte y para cumplir un sueño más de su madre que suyo: ser internacionalmente conocida. Comenzó con el rugir y la inconsciencia de los veinte años, dispuesta a comerse a

quien se interpusiera en el camino entre ella y el éxito... y terminó comiéndose a Joseph, un apasionado francés, profesor suplente de dibujo artístico de tercer año con el que recorrió Europa convencida de que el verdadero arte estaba en las calles. Desapareció un par de años y, cuando supo que no era más que una musa para Joseph, volvió a Barcelona creyendo que había aprendido la lección: debía centrarse en desarrollar su propio talento y no caer rendida al primer *sapo* que le declarara su amor. Los años fueron una excusa permanente para no enfrentarse a su pasión, que también era su gran miedo: pintar, como hacía de pequeña en los cuadernos que su padre le regalaba. Se convirtió en la eterna aprendiz que nunca estaba preparada. En la amante perfecta que jamás pedía más compromiso que disfrutar de dejarse querer. Estaba a punto de cumplir cuarenta y seguía buscando la pasión que había perdido por el camino de las huidas y de las carreteras de culpas ajenas.

No había logrado tener éxito, ni tampoco salvarse de las garras del amor. Siempre terminaba enamorándose locamente y volcándose en su nuevo amante, a quien abandonaba cuando asomaba el compromiso. Gabriele era de la tribu, como solía decirle Luis, de los que dicen, piensan y hacen cosas distintas. Los DEP, Disminuidos Emocionales Para siempre.

—¿Te has parado a pensar que estamos muertos? —le solía decir Luis—. Si renuncias al amor, renuncias a la vida, querida.

Gabriele llevaba tatuadas esas siglas, «DEP», porque, igual que Luis, no manejaba bien las emociones, y mucho menos cuando se enamoraba. Los dos huían tanto de sus traumas de infancia como del amor, repitiendo el mismo protocolo de actuación: salir a por tabaco para no volver

en cuanto sentían el temblor en las piernas y el dolor en el pecho.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Sabes que no me molesta.

Luis, el bueno de Luis, era el único que había permanecido en su vida durante casi veinte años. Todo el mundo les decía que eran almas gemelas, pero en realidad eran almas heridas. Hay muchas en el mundo y, con solo mirarse, la mayoría se reconocen.

—¿Te das cuenta del tiempo que llevamos juntos? Eres mi relación más larga —dijo Gabriele.

—¿Te das cuenta de que somos un desastre?

—DEP —soltaron al unísono: su propio *skol*, su particular brindis, por otro nuevo comienzo u otro nuevo fracaso, según se mirara. Luis no podía evitar sentir ternura por Gabriele. Él también se enamoraba de imposibles, aunque su verdadero amante había sido siempre su ambición de hacer dinero. Era el único del grupo de amigos que había alcanzado el éxito, el más listo a ojos de los demás. Dejó los pinceles y se dedicó al comercio de obras, convirtiéndose en uno de los marchantes más importantes de España.

—Gabriele, a mí me salva que soy un puto afortunado en el trabajo. Pero tú... ¿cómo lo consigues? ¿Cómo logras estar bien?

—No te engañes, Luis, el dinero no te salva de sentirte tan muerto como yo..., solo estás un poco más entretenido.

Gabriele seguía en la cama y el móvil volvió a activar la *Cabalgata de las valkirias* de Wagner, que su ex le había puesto en homenaje a su película favorita, *Apocalypse Now*. Sonaba con insistencia, interrumpiendo el recuerdo de la noche en la que Luis la había vuelto a acoger en su casa.

—Juro que de hoy no pasa que cambie la canción. Hoy la cambio.

En un pensamiento asociativo de los básicos, tipo *pájaro/árbol*, su cerebro había activado la asociación *Wagner/Paco*. Cada vez que sonaba la música, se daba cuenta de cuánto le costaba desprenderse del amor. Había activado con Paco el mismo protocolo de supervivencia que con el resto: salir corriendo. El hecho de que la melodía permaneciera en su teléfono era un claro ejemplo de las contradicciones de Gabriele.

—Decir, pensar y hacer cosas distintas, la supervivencia o la esclavitud de los DEP. —Otra de las máximas de Luis.

Valkiria sonaba insistentemente, interfiriendo en los deseos de Gabriele de seguir dormitando. Dándose por vencida, salió con torpeza atropellada a por el móvil, precipitando un nuevo accidente: pisar los cristales de la copa rota y hacerse un corte en la planta del pie derecho.

—¡Joder! ¡Joder! —Caminó a la pata coja, intentando localizar el móvil mientras Wagner sonaba en volumen ascendente—. ¿Dónde estás? ¡Vamos! ¿Dónde te has metido? —Estiró el brazo por el raso de la cómoda hasta alcanzarlo y contestar antes de que dejara de sonar, pero sin reparar en quién la llamaba.

—¿Sí? ¿Papá?... ¿Cuándo?... ¿Cómo?...

En una milésima de segundo un corazón es capaz de golpear en primer plano y absorber cualquier otro sonido que no sean sus latidos. A Gabriele se le escondió hasta la voz y tuvo que carraspear para volver a dar con ella.

—Voy enseguida. ¿Está consciente? Dile que llego enseguida, ¿vale? Tú háblale, aunque no te conteste. Háblale, por favor...

Sin saberlo, Gabriele había comenzado uno de esos días que se fijan en la memoria, uno de aquellos en los que, después de golpearlos hasta ensordecir el cerebro, la vida se nos cae en un grito mudo y aspirado. Nos convertimos en zombis emocionales. Ese día, ya eterno, nos ha cambiado para siempre.

La mañana de aquel 8 de octubre, durante un tiempo difícil de medir, Gabriele estuvo sosteniendo el teléfono contra su oreja, con la boca entreabierta y la mirada perdida. Su mente le ofrecía la nada. El estallido de lo inesperado, el zumbido de la desgracia, la había trepanado hasta dejarla sin ningún pensamiento.

Suspendida en el tiempo oscuro, se tumbó como si hubiera entrado repentinamente en coma. Como un rayo centelleando, la imagen de su madre apareció de la nada para instalarse en su mente. Ni una palabra, ni un suspiro. Solo la imagen de su madre, mirándola con la ternura olvidada de cuando era pequeña y se sentía indefensa.

Sus ojos fueron los primeros en salir de la parálisis inducida por el *shock*. Pestañearon con suavidad, despertando el resto del cuerpo. Luego, Gabriele se levantó dejando un rastro de sangre y fue directa al baño. Abrió el grifo, dejó correr el agua, sumergió su rostro y no volvió en sí hasta unas horas más tarde, cuando Luis llamó y *Valkiria* volvió a sonar con el mismo ímpetu, despertando a todo el vagón de tren.

—Mi madre ha sufrido un ictus esta noche y los médicos dicen que puede que no despierte.

—¿Qué? Lo siento mucho. ¿Cómo estás? ¿Quieres que vaya? —preguntó Luis.

—No, seguro que se recupera. Ella es fuerte, como yo. Siento el desorden que he dejado en tu casa, Luis, te prometo que a la vuelta te lo compenso. No sé ni cómo he hecho la maleta.

—Tranquila, lo comprendo. Siento no haberte cogido la llamada, pero estaba con un nuevo fichaje y...

—No te preocupes... ¿Hola? ¿Luis? ¿Me oyes?

El tren había salido de la estación de Sants de Barcelona con destino a la estación de Atocha, en Madrid. Miró el reloj, apenas pasaban diez minutos de la una de la tarde.

—¿Sabe a qué hora llega a Madrid? —le preguntó a la mujer que estaba sentada a su lado.

—A las cuatro y diez.

Volvió a la pantalla del móvil y vio que seguía sin cobertura. Se quejó por lo bajo, también del infortunio de viajar en el tren que tardaba más en llegar a Madrid. Su tía Sole la iría a recoger para llevarla al hospital de Talavera, el más cercano al pueblo, Candeleda. Dos horas más de coche y de espera para poder abrazar a su madre. *Valkiria* sonó otra vez, pero en esta ocasión atrapó a tiempo las trompetas y las apagó con gusto. Era Luis de nuevo. No contestó. No quería hablar más de lo ocurrido, como si así pudiera detenerlo. Se perdió en pensamientos vagos mientras observaba el paisaje a través de la ventana. Recordó, como saliendo del *shock*, que al abandonar el baño había encontrado una de sus maletas en el suelo, la roja de lona y de cuatro ruedas que le regaló su madre las navidades pasadas, la más grande que tenía. Reconoció en ella el ruido seco que la había despertado antes de sentir la sacudida y la voz de su madre. Se abrazó para detener el escalofrío que recorrió su cuerpo y que estaba destinado a salir en forma de lágrimas. ¿Le estaría enviando mensajes su madre? Jamás había creído en aquellas cosas y no quería empezar a hacerlo en ese momento de frágil desesperación. Aunque Gabriele se había ido de casa muy joven, su madre y ella nunca dejaron de sentir que estaban conecta-

das, sonriendo a las pequeñas casualidades como llamarse a la vez o ver la misma película el mismo día.

—Hija, eso son señales de que nos pensamos y de que nunca nos olvidamos la una de la otra. Aunque estemos lejos.

Las señales de su madre, los credos y la necesidad de reafirmarse en lo bueno de la vida eran quizá lo único que las diferenciaba. Gabriele siempre en lucha y su madre siempre tan dispuesta a todo, tanto que incluso resultaba difícil de creer.

—Mamá, eres demasiado buena. Tendrías que vivir más tu vida.

—Yo ya lo hice, hija, ya lo hice y decidí... ¡A ver cuándo te decides tú, que el reloj de la vida no se detiene para nadie!

Metida en aquel vagón de tren, Gabriele era incapaz de imaginar la posibilidad de que el reloj de su madre hubiera decidido dejar de funcionar. Estaba segura de que solo sería cuestión de volver a darle cuerda, de corregir o cambiar alguna pieza, para que todo volviera a ser igual. Cuando temes que el tiempo se agote, te das cuenta del que has perdido, sobre todo con aquellos a los que amas y que ingenuamente crees que serán eternos.

—¿Quieres algo de abrigo?

Gabriele miró a la mujer con quien compartía fila de tren. Se fijó por primera vez en lo bien que olía. A verbenas, a verano, a campo húmedo rociado por una lluvia temprana. Desde pequeña tenía muy desarrollado el sentido del olfato y era lo primero que se le despertaba cuando conocía a alguien. Como si se hubiera metido en una dimensión desconocida, recorrió en una nebulosa el rostro de la mujer. Sus arrugas contaban años y vida. Se cruzó un segundo con su intensa mirada de ojos grises y esquivó ese

reconocimiento invasivo. Tenía el pelo blanco, recogido en un moño igual de coqueto que el de su abuela Martina. Nariz prominente, boca menuda y todavía carnosa. La mujer sacó una mantilla de una bolsa que sostenía sobre sus rodillas.

—Cúbrete por lo menos con esto. No vayas a resfriarte. En el tren siempre hay que llevar algo de abrigo porque ponen el aire tan fuerte...

Su voz era suave, dulce, pausada, y resultaba tan cercana como si la hubiera escuchado en cualquier película de aquellas antiguas que solían ver la abuela, su madre y ella mientras devoraban cacahuets, mientras oían de fondo las quejas de la tía Sole de no ser jamás la dueña del mando.

—Tiene una voz muy bonita, ¿sabe?

—Me lo suele decir la gente. —La mujer sonrió escondiendo el rostro con timidez—. ¡Tendría que haber sido dobladora! Ganarme la vida poniendo la voz a todas las estrellas de Hollywood, como la Garbo. Me encantaba la Garbo. Era mi actriz favorita.

—La de mi madre también.

Volvió a perder su mirada en el paisaje, queriendo interrumpir aquella escena que parecía producto de su estado de ensoñación. O de una nueva señal.

Intentó olvidar la llamada y la razón por la que estaba metida en ese tren, pero cualquier cosa, incluso la mujer que compartía fila con ella, la llevaba otra vez a ello. La noche anterior había cruzado el límite al mezclar Orfidal con alcohol, y comenzaba a preguntarse si todo lo que estaba sucediendo era producto de una pesadilla. Por unos segundos tuvo la extraña idea de que todo aquello era un estúpido sueño. Es un camino recurrente en estados de incertidumbre como se encontraba Gabriele. Lo único

que debía hacer era despertar, pensó. Sin tan siquiera volver a girarse, mirando a su compañera de viaje desde el reflejo de la ventana, palpó a tientas hasta dar con el brazo de la mujer. Lo recorrió, cerciorándose de que no era producto de su imaginación. Tentó su brazo hasta llegar a sus manos entrelazadas, que la mujer cerró con suavidad para atrapar la suya dentro.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Ángela, pero todos la llamaban Greta, por Greta Garbo.

Gabriele se dio cuenta de que estaba llorando al verse en el reflejo de la ventana. Se secó las lágrimas para salir de aquella nebulosa.

—¿Estoy soñando? ¿Sabe?, todo esto es muy extraño. Usted me resulta familiar, me recuerda a mi abuela Martina. ¿No querrá dejarme algún mensaje? Perdone si le parezco una loca, pero puede que solo se trate de eso... que... que... como las cosas que pasan en las películas. Te despiertas y tu abuela te ha dicho que seas más buena con la familia y vayas a verlos más. Usted y yo estamos metidas en un sueño, ¿verdad? —Gabriele se volvió para estar cara a cara con la mujer, mientras seguía cortándose la procesión de lágrimas con las manos—. Todo esto no puede ser más que un sueño. Un mal sueño del que me voy a despertar en cuanto se me pase el efecto del Orfidal. Prometo ser una buena niña y no volver a mezclarlo con alcohol...

Su compañera de fila le tomó las manos y se las acarició con ternura, como solía hacer su madre, intercalando caricias y pequeños golpecitos sobre ellas cuando le atrapaba la rabieta porque no había logrado dar con las palabras que expresaran lo que sentía. Era imposible detener aquel viaje de recuerdos. Gabriele y sus rabiets, la habían acompañado toda la vida. De pequeña se le hinchaban los

mofletes y se teñían de un rojo morado, parecían un globo a punto de explotar. Su madre era la única que lograba que sacara los sapos que llevaba dentro. También cuando todo cambió. Aquella ausencia de meses, sin las manos de su madre para detener sus rabietas. Ella sola con su padre, que no respetó la ausencia y se fue con otra.

La mujer del tren siguió acariciando sus manos mientras las lágrimas se comían la carretilla de palabras y Gabriele se perdía de nuevo en la bruma del pasado.

—Gabriele, tu padre es un hombre muy bueno. Me quiere como nadie me ha querido y yo soy muy feliz a su lado. No hagas caso de lo que diga la gente, ni siquiera de lo que han visto tus ojos. ¿Lo harás por mí? ¿Confías en mí? —le había dicho su madre.

Fue la única vez que hablaron sobre el beso de su padre a otra mujer. Fue la única vez que no entendió a su madre, ni su silencio y por qué la obligó a que enterrara aquel recuerdo.

—Escúchame bien, Gabriele. La vida no es siempre como creemos que es. Tu padre es un buen hombre.

No volvieron a hablar de ello, pero para Gabriele fue su despertar a la desconfianza. Con solo once años perdió a su padre, lo convirtió en un extraño que compartía la vida con su madre. Lo mató en su pensamiento por pura supervivencia y para evitar que aquella escena de él con otra mujer en una bocacalle la marcara de por vida. No lo logró. Ese trauma la había acompañado todos esos años y también viajaba con ella en aquel vagón de tren.

Con sumo cuidado para no parecer desagradecida ante una caricia ajena, Gabriele deslizó su mano de las de la mujer del tren para interrumpir el viaje de recuerdos. Volvió al presente. Estaba aterrada, no podía imaginar que su madre pudiera morir. «Los médicos han dicho que solo

un milagro la despertará. Hija, ven lo más rápido que puedas. Tu madre se muere.» Su padre, al más puro estilo de los realistas, no había almidonado la noticia y le había dejado claro en la corta llamada que su madre no iba a salir de ésa. Gabriele intentaba abandonar esos pensamientos y agarrarse otra vez a la nada para seguir cuerda. No deseaba adelantarse a los acontecimientos y mucho menos soltar la esperanza. Volvió a mirar suplicante a su acompañante de fila. La mejor compañía para el desconsuelo es la ternura, aunque venga de un desconocido como aquella mujer.

—Greta, ¡qué bonito nombre! Tiene que ser una mujer muy especial.

—Sí, lo es. —Eso la hizo sonreír entre lágrimas—. Estaba destinada a ser alguien importante, ¿sabe? Pero prefirió a mi padre.

—Seguro que eligió para bien.

El cuerpo de Gabriele se tensó como el de un puercoespín cuando enseña todas sus púas. Su voz adquirió un matiz más grave y frío. Su mirada se pintó de un rencor antiguo sellado en las pupilas.

—A veces el amor hace que estrelles tus sueños y echas a perder tu vida.

Gabriele seguía luchando para abandonar el viaje al pasado. Los trenes y las llamadas llenas de incertidumbre tienen ese efecto. Ese recuerdo silenciado seguía atormentándola, aunque se negara a aceptarlo. Pronto descubriría que los gestos más insignificantes mal entendidos en la infancia son capaces de arruinar una vida entera.

—¿No te cansas de apuñalarte a ti misma? Yo soy un puto colador y cada vez me siento peor. —Eso le había dicho Luis.

Se lo había recordado hacía un mes, en la conversa-

ción de bienvenida, después de que Gabriele abandonara a Paco y se presentara con las maletas en su casa. Aquella no fue una conversación como las de siempre. Se le había quedado dentro.

—Luis, por favor. Cuando bebes te pones muy melodramático.

Nuevamente blindada, Gabriele evitaba hablar del miedo a amar, del amor. No dejaba que Luis ni nadie entrara en la herida. Pero la llamada de su padre aquella mañana había abierto la cámara acorazada. El temor de perder a su madre, el terror de quedarse solo con su padre. No le importó compartirlo con una desconocida de tren a la que no volvería a ver jamás.

La mujer la miró compasiva, comprendiendo el dolor enquistado que convierte cualquier dulce de la vida en amargo. Repasó internamente la última frase que había dicho Gabriele: «A veces el amor hace que estrelles tus sueños y echas a perder tu vida». Titubeó antes de hablar, pero se decidió a hacerlo, intentando ser lo más tierna posible.

—Solo hay algo más fuerte que la voluntad: el amor. Aunque a veces nos hable en un lenguaje que no sabemos interpretar.

Gabriele no quiso atender a aquella última frase de su compañera de tren e intentó concentrarse en el paisaje de nuevo.

—Le agradezco sus palabras, pero no me encuentro demasiado bien, necesito cerrar un poco los ojos. Espero que no le importe. Mi madre está ingresada en el hospital y necesito descansar un poco.

Le dolió zanjar la conversación, salir airosa de esa complicidad tan inusual entre desconocidos.

—Por supuesto, espero no haberte molestado... Siento lo de tu madre, seguro que se pondrá bien.

Sonrió levemente con la mirada y dejó de hablar. No quería ser descortés con alguien que la había tratado de forma tan amable. Contuvo ese malestar que brotaba siempre en ella cuando alguien se refería al amor como la solución a todos los problemas, como el bálsamo que todo lo cura. Miró el móvil y se entretuvo el resto del viaje saltando de una pantalla a otra sin prestar demasiada atención a lo que leía. El efecto hipnótico de las aplicaciones y las redes sociales funcionó y se perdió en el limbo de aquella pseudorrealidad hasta que saltó un wasap de su tía.

Estoy en la estación. ¿Cuánto te falta?

Una hora. Llego a las 16.10. ¿Cómo está?

Todo igual. Te espero en la estatua del hombre con maletas.

El viajero.

Sí, eso.

La tía Sole, para Gabriele, era la única de la familia que no se había quedado atrapada en el tiempo. A sus cincuenta y tantos años lucía, como solían decirle en el pueblo, un aspecto de cuarenta y una mentalidad de treintañera. Enganchada a las series y las historias de madrugada de la radio, era la mujer más vital y alegre que Gabriele había conocido. La tía Sole tiraba de la familia y podía con cualquier desgracia. Después de pillar a su marido con otra en la cama, decidió dejar Madrid y volver a Candeleda, el pueblo de sus padres. Allí se refugió unos meses para la-

merse las heridas, compadecerse y resucitar convertida en lo que era: la Sole de todos. Desde hacía más de treinta años regentaba el bar Pimentón, al que todo el pueblo acudía para disfrutar y limar penas. Ella y la cocina de Ada hechizaban al pueblo. Era un gusto verlas trabajar. Gabriele gozaba viendo cómo se querían, aunque su tía se empeñara en esconder lo evidente: que Ada y Sole eran pareja desde hacía dos décadas. El pueblo lo sabía, ellas callaban y el pueblo también. A pesar de que omitir realidades nos hace, desde el exterior, parecer ridículos, siempre hay motivos ocultos y profundos para hacerlo. La tía Sole y las tradiciones de la familia. Su madre, la estricta abuela Martina. Con el tiempo, Gabriele comprendió las reservas de la Sole con su madre.

—No fue la misma como madre que como abuela. Algún día te darás cuenta.

Hubo un tiempo en que Gabriele pensó en hablar con ella sobre Ada, pero lo descartó al comprobar en varios intentos que su tía hacía lo mismo que ella: cortar conversaciones. Zanzar aquello que le dolía cambiando bruscamente el tono.

Hacía casi un año que no veía a la Sole, el mismo tiempo que a sus padres. Desde que Gabriele abandonó Madrid, dejó de ser hija para convertirse en nómada de la vida, en exploradora de sensaciones, en atrapadora de cualquier cosa que no fuera su pasado. Tan veloz como el viento, al cumplir los veinte decidió dejar a su familia y apostar por ella. Estuvo tiempo sin apenas verlos, solo hablaba con ellos por teléfono y los visitaba en las fechas señaladas.

—¡Deja a la niña! Quiere volar, ya volverá. A su edad yo me comía el mundo.

Los primeros años Greta discutía con Félix por los des-

plantas de su única hija. Él no entendía la necesidad que Gabriele tenía de apartarse de ellos para ser libre. En cambio Greta comprendía a su hija, aunque su ausencia le doliera tanto como a su marido. Pero sabía que a un torbellino no lo detenía nadie ni nada más que él mismo. Le había pasado a ella y también le estaba ocurriendo a Gabriele.

—Sabes tan bien como yo que Gabriele no es feliz, solo huye, y puede que nosotros seamos los responsables.

Alguna vez, Félix y Greta pisaban su propia sombra de pareja, de matrimonio, pero enseguida decidían salir de allí. La línea roja que un día escogieron dibujar por el bien de todos.

—Se dará cuenta, Félix, pero necesita huir...

Félix no terminaba de comprender a su hija. Tampoco a su mujer, aunque fuera el amor de su vida. Él era un hombre que siempre vio lo extraordinario en lo ordinario, en lo sencillo. En el sonido de las hojas acariciando el viento, en el olor a hierba mojada, en la primera caricia de la mañana, en el olor a café recién hecho, en las comidas improvisadas con amigos, en los besos robados en la penumbra de una sala de cine. Félix se había llenado de esa vida mientras su mujer quedaba hipnotizada por la que sucedía en las grandes pantallas y en las promesas de éxito que su madre le había vaticinado desde pequeña.

Por esa distinta forma de ver la vida, Greta siempre comprendió a su hija mucho más que Félix, aunque le doliera la frialdad con la que trataba a su padre. Con los años, Félix consintió la distancia y asumió lo poco que conocía de su hija. Sus alocados veinte, viajando por el mundo y viviendo de cualquier cosa. Los treinta, retomando los estudios en Barcelona y enamorándose una y otra vez.

Se dio por vencido y delegó en su mujer toda relación con Gabriele. Ellas hablaban por teléfono, compartían películas, aventuras, y de fondo él se conformaba con el sonido de sus risas y algún resumen de Greta como «sigue bien» o «puede que tenga que buscarse otra casa». Los años pueden trazar una carretera de curvas y reproches silenciados que separan a dos personas. Eso les ocurría a Gabriele y a Félix y, hasta aquel día fijado en su memoria, aquel 8 de octubre, ninguno de los dos tuvo que hacer nada por atravesarla.

Valkiria volvió a sonar. Al leer «Papá» en el teléfono, a Gabriele le tembló tanto la mano que se le resbaló el móvil y cayó al suelo, después de rebotar sobre sus rodillas sin poder atraparlo. No dejó de sonar hasta que apretó el símbolo de teléfono verde de la pantalla parpadeante.

—¿Papá? ¿Hola? No te oigo. ¿Me oyes? ¿Papá?

Gabriele se levantó de la fila sintiendo que sus piernas apenas la sostenían. Miraba la pantalla del móvil con los ojos llorosos, con el pánico sacudiendo sus entrañas. Extendió el aparato apuntando al cielo como si de esa forma fuera a lograr que la cobertura volviera enseguida. Caminó hasta la zona de entre vagones y se desplomó en el suelo. La tensión y ponerse en lo peor le impedían mantenerse en pie. Marcó el número de su padre sin lograr conectar la llamada.

—¡Vamos! Por Dios... ¡Vamos!

Justo estaban pasando la zona de túneles de los Monegros, era la parte del trayecto con peor cobertura. En ese tiempo de larga espera la atravesó un escalofrío de algo mucho más intenso que el miedo: un pavor desconocido. Antes de que pudiera apoderarse de su mente el pánico

estrangulador de sensaciones, *Valkiria* volvió a sonar, aunque en esta ocasión ni siquiera dio tiempo de llegar a las trompetas.

—¿Papá? ¿Me oyes?... Sí, sí, yo sí, yo sí. ¿Ha pasado algo?

—Todo igual, hija. Sigue mal, pero no nos dicen nada más. ¿Y tú? ¿Cuándo llegas?

Una mala noticia se convierte en buena ante la amenaza del temido superlativo. Lo peor que Gabriele podía esperar no se lo había confirmado su padre, y por ello respiraba de nuevo aliviada.

—Me queda algo más de una hora. La tía ya está en la estación. Calculo que puedo llegar sobre las seis o un poco antes.

Su conversación no la interrumpía solo la mala cobertura. Sus voces no se oían extrañas solo por las circunstancias, sino también porque hacía años que no conversaban por teléfono. Los dos se sentían incómodos en ese traje, al hablarse... a pesar de los silencios. Félix hizo un tímido intento de mostrar complicidad.

—Dile que no corra. Ya sabes lo que le gusta a tu tía la carretera..., que no corra, que con la prisa se ganan sustos y no tiempo.

Gabriele se quedó con el teléfono en la oreja. No sabía qué responderle. No supo recoger sus palabras de cuidado como lo hubiera hecho con su madre.

—¿Sigues ahí? —preguntó su padre ante la falta de respuesta.

—Sí —fue lo único que le salió a Gabriele. De nuevo un silencio estrecho, asfixiante, entre padre e hija. Los dos intentaban disimular su dificultad para tratarse, olvidar su propio olvido.

—Si pasa algo, ¿me llamarás enseguida?

Gabriele dio por concluida la conversación.

—Claro. Yo te llamo.

Colgaron sin más despedida que esa. Sin mandarse besos ni decirse alguna palabra cariñosa. Gabriele solo pensaba en su madre, ni siquiera se había planteado cómo podría estar su padre, el hombre que perdía al amor de su vida, al sentido de su existencia. También en eso padre e hija tenían dos versiones muy distintas. Puede que por ese motivo Gabriele no reparara en el sufrimiento de su padre, en la tristeza de su voz apagada y temblorosa. Félix estaba sufriendo. Gabriele también, pero ella se negaba a compartir el dolor de saber que la vida de su madre se escurría sin posibilidad de detenerla. Cuando la muerte revolotea alrededor de los que amamos no hay camino de retorno y, como un cubito de hielo fuera del congelador, se deshace ante nuestros ojos, poco a poco, en silencio, hasta desaparecer sin que hayamos podido evitarlo.

—Deseo que tu madre se recupere y todo quede en un mal susto.

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

Así se despidieron las dos compañeras de viaje. Hay cómplices anónimos que en momentos de fragilidad están ahí para sostenernos. Gabriele cargó con la maleta de lona roja, esa grande que había decidido llenar hasta reventar, dispuesta a quedarse unos días para cuidar de su madre cuando despertara y ver los daños ocasionados por el ic-tus. Su mente, mientras ella bajaba del vagón y atravesaba con prisa el andén, solo estaba concentrada en visualizar a Greta abriendo los ojos y sonriendo mientras se la comía a besos. Se la imaginaba más hermosa que cualquier otro día, como un ángel de la Tierra que ha pasado un tiempo en el cielo para recoger un mensaje. No creía en esas cosas, pero su madre sí. Ella era la espiritual de la familia y siempre le contaba historias de sus queridos seres alados.

—¿Y si en realidad lo que tu abuela me decía, que estaba predestinada a algo grande, significaba que soy un ángel caído del cielo, y mi misión ha sido cuidarlos a todos?

—Mamá, tú eres mucho más que un ángel de esos.

Ella era la que se adelantaba a sus caídas, la que la consolaba cuando no sabía descifrar el mundo. La que le curaba las heridas de la rodilla después de un mal resbalón o el alma después de otro desamor. Para Gabriele su madre era su mayor apoyo y, ahora que temía perderla, se odiaba por haberle mostrado tan poco cuánto la necesitaba. Convertirte en una fugitiva de tus raíces, como Gabriele, tiene sus consecuencias. Como el vacío que comenzaba a aflorar.

Después de perderse varias veces por los pasillos de la estación de Atocha, atrapada por los nervios, la angustia y las ganas de llegar, vio cómo de lejos la saludaba con la mano su tía Sole. No dejó de hacerlo hasta que se abalanzó sobre ella para abrazarla con fuerza desmedida y dejarla casi sin aliento. «Ya estás aquí, cariño, ya estás aquí», repitió varias veces, incapaz de despegarse de Gabriele.

—Todo saldrá bien, ¿me oyes? —Le acarició la cara mientras le hablaba atropelladamente, con el nervio en la lengua—. ¿Cómo estás? No quiero que llores, ¿eh? Todo va a salir bien. Greta es una mujer fuerte y no ha llegado su hora. Tranquila, ¿me oyes? Tranquila.

Ante el acecho de la muerte, todos negamos su presencia, aunque sintamos en nuestra piel erizada que ha aparecido y que no está dispuesta a irse sin llevarse a alguien.

—Sí, lo sé, tía. No te preocupes, estoy bien.

Gabriele miraba a su tía de soslayo mientras caminaban hacia la salida en busca del coche. Le había crecido el

pelo. Lo llevaba más oscuro que la última vez y recogido en una cola casi deshecha.

—¿Te has cambiado las gafas? ¿Verdes?

—¿Te gustan? Sí, verdes. Necesitaba darle un poco de alegría a esta cara, hija, que con los años se cae... ¿Te parece demasiado atrevido? Al principio impacta un poco, pero luego te acostumbras. Si tu padre se ha acostumbrado a verme así...

Las dos rieron y siguieron la marcha. La tía Sole era la única de la familia que, en cualquier ocasión, sabía sacar a pasear el humor.

—¿Y qué me dices del tipo que se me ha quedado? Ahora vuelvo a llevar tejanos. ¿Qué te parece? *Spinning* tres veces por semana. ¡Estoy enchufada! ¿Y tú cómo vas? Que hay que empezar a cuidarse, lo digo por ti también, que ya no eres una veinteañera.

—Estoy en ello, tía, estoy en ello...

—¿Qué llevas en esta maleta? ¿Piedras? ¡Hija!

Cargaron la maleta en el coche de la Sole. Gabriele se sorprendió por el nuevo auto de su tía.

—¿Qué te parece? Es mi regalo de cumpleaños. Un supercoche. Siempre he querido tener una ranchera, como los americanos, ¡y aquí está mi pequeño tesoro!

Gabriele recordó la última frase que su padre le había dicho por teléfono y no pudo más que sonreír al comprender su advertencia.

—¿Quieres que conduzca yo, tía?

—¡Ni hablar! Todavía no soy tan mayor... Tú descansa y disfruta del viaje.

—Papá me ha dicho que no corras.

—Bueno... Ya sabes que tu padre y yo coincidimos en pocas cosas —dijo, discreta pero seca, mientras arrancaba el coche. Con una sola maniobra ya estaba en circulación

y se había ganado el primer bocinazo del viaje. Gabriele auguró que no sería el último, pero prefirió mantenerse callada mientras su tía seguía distrayendo la rabia con los otros conductores.

—Madrid se ha convertido en una ciudad sin ley. En cuanto la piso quiero marcharme. Donde haya una buena montaña que se quite lo demás.

Con los gruñidos de su tía de fondo, Gabriele contemplaba la ciudad que la había visto nacer hacía treinta y nueve años. Madrid, más allá de lo que creyera su tía, estaba preciosa para Gabriele. Aunque la glorieta de la plaza del emperador Carlos V siempre fuera un hervidero, Gabriele echaba de menos la frenética actividad de su ciudad. El tráfico a cualquier hora, los regueros de gente de madrugada, las terrazas llenas y su luz, aunque el día no había querido que la disfrutara porque se había levantado borrascoso y amenazando tormenta. Llevaba unos años sin entrar en Madrid, la ciudad que había decidido abandonar por Barcelona. A través del cristal la contemplaba con añoranza y recordaba a la chica de dieciocho años que quería comerse el mundo. Madrid seguía con la misma energía, pero ella no podía decir lo mismo. Se habían esfumado el ímpetu, la soberbia de reivindicarse a una misma, la rebeldía de creer que no necesitaba a nadie. Gabriele estaba desenfocada, aunque quisiera disimularlo ante su tía y el mundo.

—Puede que nos pille la lluvia. Pero este coche se agarrará bien, ¿sabes? No hay problema con nada. Aunque nevara estaríamos en menos de dos horas en Candeleda. Me alegro de verte.

La Sole puso la mano sobre la rodilla de Gabriele y se la apretó con fuerza, queriéndole transmitir ánimos sin sacar el tema. Ampararnos en la cotidianeidad, concen-

trarnos en lo que ocurre en nuestra percepción visual, nos desconecta de la peligrosa especulación. A Gabriele le hubiera gustado poder disfrutar un poco más de la vista de Madrid, pero enseguida tomaron la A-5 y se metieron de lleno en la carretera, en el viaje de espera hasta llegar a destino.

—¿Crees que saldrá de esta? —preguntó Gabriele.

Se le escapó. Le salió sin procesarlo, de dentro, empujada por la incertidumbre y el miedo a la pérdida. Sabía que su tía había estado con su padre en el hospital y, por su simulada tranquilidad, Gabriele intuyó que no se lo habían contado todo.

—Vamos a esperar, cariño, mejor esperemos a ver qué dicen...

—Tía... Necesito saber la verdad. —Gabriele volvió a insistir para obtener una respuesta—. ¿Crees que saldrá de esta?

La Sole agarró con fuerza el volante y fijó su mirada en la carretera mientras achinaba un poco los ojos y arrugaba la cara, dudando de si debía contárselo. A todos les había tomado por sorpresa lo ocurrido y cada uno reaccionaba y lo llevaba como podía.

—Esta mañana el médico nos ha dicho que no cree que pase de hoy. —Decidió no mentir y que Gabriele recibiera el mismo mensaje que les había dado el médico—. Está muy grave, cariño, muy grave. Pero puede que se equivoquen, ¿sabes? El cerebro es lo más misterioso y desconocido que tenemos y tu madre..., tu madre...

Fue incapaz de terminar la frase, aunque su cabeza intentara encontrar cualquier palabrería reconfortante para llenar el vacío del vértigo a la incertidumbre.

—¿Te parece que ponga algo de música? —preguntó Gabriele sin apartar la mirada de la carretera y sin hacer

un solo comentario sobre lo que su tía le acababa de anunciar.

—Lo que quieras, cariño. Lo que quieras...

Se entretuvo fisionando en el navegador del coche hasta dar con la pantalla que permitía enlazar su móvil y buscar una lista de reproducción en Spotify. Mientras lo lograba, su tía permaneció en silencio. La situación también había podido con ella y, aunque había intentado sobreponerse, también se había quedado sin palabras. No hay nada que pueda hacer desaparecer la tensa espera, la angustia de saber que en cualquier momento puede pasar lo peor. La Sole lo sabía tan bien como Gabriele. No había tenido una gran relación con Greta. El único modo de seguir junto a su hermano fue aceptando jugar a las verdades enterradas que Félix había impuesto, como un colador de silencios.

Greta era una mujer magnética para la mayoría, pero a la Sole siempre le había parecido que jamás estaba satisfecha con lo que tenía. Pero en la familia y por la familia ella siempre guardaba la ropa y su boca seguiría estando sellada ocurriera lo que ocurriese. Por su sobrina y por su hermano.

Al sonar los primeros compases de la música, la Sole no pudo evitar mirar de soslayo a Gabriele.

—Serás capaz...

—Es la mejor película de la historia de la humanidad.

Gabriele había elegido la banda sonora de *Desayuno con diamantes*, la película favorita de su madre, que se había convertido en una tradición navideña. Todos los 24 de diciembre por la tarde tocaba ser Holly Golightly, enamorarse de Paul Varjak y comer cacahuètes, como cuando estaba la abuela y todas menos la Sole disfrutaban de los clásicos que echaban por la tele. Las películas preferidas

de la abuela Martina eran las de indios. Las de Greta, las de las Hepburn y la Garbo. Y las de Gabriele, las de Tom Hanks, su actor favorito de todos los tiempos. No era guapo, pero la hacía reír y tenía pinta de buen tipo, exactamente lo contrario que los hombres de los que se enamoraba.

La Sole se rindió a los ritmos de Mancini moviendo los hombros al compás de las clásicas trompetas. Aborrecía esa película, pero reconocía que su banda sonora era buena. A fin de cuentas, le pareció una elección perfecta para contemplar el paisaje y hacer más llevadero el viaje. Se dejó llevar por el mundo de color y fantasía de *Desayuno con diamantes*. Esa película también a ella le recordaba a Greta porque siempre había pensado que su cuñada podría haber sido cualquier personaje del Hollywood de los cincuenta. Una ama de casa soñadora, con aspecto de diosa por su eterna belleza y elegancia, que pocos sabían qué pensaba y con la que todos querían pasar tiempo, aunque tuvieran que rellenar los silencios de sus miradas perdidas hacia el mundo imaginario en el que Greta siempre vivió.

La Sole siempre había pensado que Greta era una mujer que sabía atrapar a cualquiera y lo hizo con Félix. Sin quererlo seducía y te hacía sentir el ser más afortunado del mundo por poder compartir un café con ella. Era tan inalcanzable como desconocida. Greta fue para Félix como las *Meninas* de Velázquez, su joya de la corona. Félix estuvo la vida entera dedicado a salvaguardar una de las pinacotecas más famosas del mundo. Entró a trabajar en el Museo del Prado con tan solo quince años, a mediados de los sesenta, como ascensorista. Era el puesto de trabajo

que dada su temprana edad podía desempeñar en ese respetado lugar. Durante muchos años fue ascensorista, luego técnico de autorización de pintores para realizar copias de obras del museo y vigilante de sala. Finalmente logró una plaza, a fuerza de estudio y esfuerzo, como restaurador. Félix tuvo una relación de amor silenciosa con las pinturas que ocuparon su vida. También con Greta, pero sobre todo con Gabriele. Del joven vestido con gorra y un uniforme azul en invierno y beige en verano que tiraba de la palanca de los cinco elevadores quedaba, en todo caso, el silencio y la dificultad en hacer aflorar emociones. Recatado para expresarse, fiel paseante de las salas del museo cuando estaba cerrado, había construido su vida en paralelo a su oficio.

Al jubilarse, Félix quiso volver a la tierra, al pueblo que lo vio nacer: Candeleda. Greta vivía solo para sus dos perros, *Greco* y *Menina*, dos chuchos de cuatro y cinco años que había recogido de la calle y que no se separaban un minuto de ella. A Greta le pareció buena idea abandonar la ciudad por el pueblo y dedicarse a su pequeño huerto y sus perros, una vida contemplativa. Y de eso hacía cuatro años.

—¿Cómo estás tú? —fue lo único que la Sole le había preguntado a su hermano aquella mañana en el hospital. Una pregunta que carecía de importancia si no se veía desde la distancia de dos hermanos que se querían pero que tenían dificultades para comunicarse. Eran distintos: Félix metido para dentro y la Sole una fuente desmedida de emociones, desafiante con las tradiciones de su familia, pero respetuosa y tan familiar como Félix.

—Yo no importo, Sole. ¿Cómo está ella? Es lo único... No me di cuenta, ¿sabes? Me quedé leyendo y no me di cuenta, no me di cuenta...